



El Murciélago Presumido

Había una vez un murciélago llamado Bruno que vivía en lo alto de una cueva oscura y misteriosa. Aunque no era muy grande ni colorido, Bruno tenía una característica especial: podía volar rápido y hacer acrobacias en el aire como ningún otro animal del bosque. Esto lo llenaba de orgullo, tanto que un día comenzó a creerse superior a los demás animales.

Un soleado día, mientras sobrevolaba el bosque, Bruno vio a un grupo de aves que volaban juntas en perfecta formación. «¡Qué tontos son estos pájaros!», pensó el murciélago. «Ellos solo saben volar de día. Yo, en cambio, vuelo de noche y hago piruetas impresionantes.»

Bruno decidió bajar al claro del bosque para presumir de su habilidad ante los demás animales. Mientras descendía, notó que había un conejo, una tortuga y un búho reunidos cerca de un lago.

—¡Miren quién ha llegado! —exclamó Bruno con una sonrisa arrogante—. Soy Bruno, el murciélago más rápido y habilidoso de todo el bosque. Ninguno de ustedes puede volar como yo.

El conejo, sorprendido, lo miró y respondió:

—Pero yo no necesito volar. Soy rápido en la tierra, puedo correr más veloz que cualquiera.

La tortuga, con su habitual tranquilidad, levantó la cabeza y dijo:

—Yo tampoco vuelo, pero puedo nadar sin cansarme y recorrer grandes distancias bajo el agua.

El búho, que lo había observado todo en silencio, finalmente habló:

—Cada uno de nosotros tiene habilidades únicas, Bruno. No hay razón para presumir. Ser rápido no significa que seas mejor que los demás.

Pero Bruno no escuchaba. Se sentía tan orgulloso de su vuelo que decidió hacer una demostración. Subió alto, dio varias vueltas y comenzó a hacer giros y piruetas. Todo iba bien hasta que el murciélago, distraído por su propia vanidad, no se dio cuenta de que se acercaba una gran tormenta.

De repente, el viento empezó a soplar con fuerza y las nubes oscurecieron el cielo. Un rayo iluminó el bosque, y Bruno, asustado, perdió el control y cayó en picada. Intentó volar de nuevo, pero el viento era tan fuerte que lo arrastró hacia un charco de barro, donde terminó empapado y cubierto de lodo.

Los animales del bosque, que habían visto todo desde abajo, se acercaron rápidamente para ayudarlo. El conejo le ofreció una hoja grande para que se cubriera de la lluvia, la tortuga lo acompañó pacientemente mientras intentaba secarse, y el búho le dio algunos consejos para mantener la calma en situaciones difíciles.

Bruno, avergonzado y agradecido, se dio cuenta de lo equivocado que había estado. Todos los animales, sin importar si podían volar, correr o nadar, tenían algo valioso que ofrecer. No había razón para presumir o creerse mejor que los demás.

Cuando la tormenta pasó, Bruno se disculpó con sus amigos:

—Lo siento mucho por haber sido tan presumido. Ahora entiendo que cada uno de ustedes es especial a su manera. Gracias por ayudarme, aunque no lo merecía.

El conejo, la tortuga y el búho sonrieron.

—No te preocupes, Bruno —dijo el búho sabiamente—. Lo importante es que has aprendido la lección. La verdadera fortaleza no está en lo que uno puede hacer, sino en la humildad y el respeto hacia los demás.

Desde aquel día, Bruno nunca volvió a presumir de su vuelo. En su lugar, se convirtió en un murciélago más amable y considerado, que apreciaba las habilidades de los demás animales y siempre estaba dispuesto a ayudarlos, porque había aprendido que, juntos, podían lograr grandes cosas.

¿Te ha gustado El Murciélago Presumido?

En nuestra web **cuentosinfantilesonline.com** puede encontrar una gran cantidad de cuentos para niños Gratis!!!